



Fabricante de quitas'es.

gentes tan ocupadas una conversación que, por otra parte, sería ilusoria. Otros articulistas, al reseñar las demás partes de la Exposición indo-china, hablarán acaso de los usos y costumbres, tradiciones y cantos de estos anamitas, en los cuales no hemos podido ver nosotros más que obreros muy interesantes.

La instalación del villajo tonquinés en la Explanada de los Inválidos es debida enteramente á la actividad é inteligencia de un hombre amabilísimo, M. Viterbo, fabricante de muebles de arte en Hanoi. Él fué quien reunió este numeroso personal, él quien vigiló la expedición de los productos, él quien ha dirigido el trabajo de los obreros; él, en fin, quien lo ha hecho todo.

Y todo esto con el fin laudabilísimo de producir en Francia la prueba cierta y segura de la vitalidad de un país, á pesar de todo, profundamente desconocido.

No nos corresponde á nosotros, á lo menos en este lugar, patentizar la admiración que siente por esta nueva colonia, ni traducir al público sus desalientos y esperanzas: no tenemos que hacer aquí política colonial.

POL-NEVEUX

¿Conseguirá siquiera hacer comprender á la multitud su patriótica empresa, probándole que hay aquí otra cosa que una curiosa exhibición?

Séanos permitido dudarlo, á lo menos, á juzgar por la ligereza de los dichos y alusiones que coge uno al vuelo involuntariamente, por la sensible y lamentable grosería de las chanzonetas y burlas que dirigen á los indígenas, á los tonquineses, imbéciles alimentados con la omnisciencia de los papeles públicos.

Pero ¿qué importa si con estos indígenas delicados en sus movimientos, refinados en sus labores, con sus rumores especiales y su vida industrial tan sinceramente reproducida, el villajo tonquinés ha dado á algunos la nostalgia de un país que no han visto jamás ni jamás han de ver?



La Estudiantina provenzal

LAS MÚSICAS PINTORESCAS

EN EL TROCADERO

Músicas pintorescas significa aquí músicas ingenuas, originales, populares, rústicas, música de los que no saben música, música tradicional de los gaiteros y tamborileros, tañedores de dulzainas y cornamusas, música de ministriles que hacen bailar á los lugareños de nuestras provincias, músicas extranjeras también y un tanto extrañas, músicas golpeadas ó sopladas, música de instrumentos raros, desusados, desconocidos, anticuados, primitivos, como la flauta de Pan, y á veces sencillos á la manera del pitorro.

En la gran sala de los conciertos, en el Trocadero, ante el órgano inmenso reducido al mutismo, todos los instrumentos arcaicos, abandonados por los reyes y emperadores de la música, y despreciados por los generales, cabos y soldados de la armonía, encontraron últimamente el día de la revancha, cinco horas de gloria barata en la mayor sala de audiencia que pueda ofrecer París á las escalas cromáticas, á los arpegios escaladores y á los trinos sobreagudos.

Para esta lucha sibilante y roncadora, bien que fraternal, berrichones y servios, provenzales y portugueses, auvernienses y napolitanos, etc., etc., venían á hacerse oír por un jurado presidido por Paladilhe, el amable autor de *Patria*.

Estremeciéranse de horror los manes de Cherubini, allí se veían directores de orquesta y bibliotecarios de la Opera, compositores y críticos musicales juramentados, re-



Peron é Ichard, tañedores de biniou

unidos al rededor de un miembro del Instituto de Francia, absolutamente lo mismo que en el Conservatorio, á fin de juzgar del valor intrínseco de los bandolines y de las inclasificables violas.

Pero Cherubini no salió de su tumba y todo marchó bien. El sol, derramando sobre el Trocadero, ese Hamman grandioso, una luz vibrante y casi sonora, tomaba parte en el concierto, y desde la puerta nos metía himnos campestres por los ojos en los oídos. Cada uno de los innumerables oyentes, fuera del Norte ó del Mediodía, sentía despertarse en sí las canciones populares, oídas á lo largo de los caminos y en las tabernas de los pueblos, esos cantos que por espacio de tanto tiempo repetíamos nosotros en el barrio Latino, como si nos trajeran en alas de sus estrofas un soplo de aire natal. Nosotros, los estudiantes de Limoges ó de Perigord, cantábamos una canción cuyo brusco y entrecortado ritmo se interrumpía á cada instante con interminables y melancólicas armonías de órgano. ¡Ah! ¡qué buenas canciones aquellas!

Eran la *Viña* ó la *Queja del rey que rabió*, la *Mujer del carretero*, la *Canción*

del vino de Beaune; y también *Volviendo de Charenton*, y tantas otras, como la *Magdalena está enferma* y la famosa *Queja de Juan Renaud*. ¡Qué buenas canciones cantábamos entonces con gargantas de veinte años, más sonoras que ajustadas! Pero volvamos al Trocadero.

Aquí íbamos á encontrar de nuevo los instrumentos que no riman más que bailes y marchas vivas; pero todos los provinciales residentes en París se sentían regocijados, recordando cada cual su campanario, su provincia. Iba á decir su Provenza, pues por bella que sea la comarca que lleva este nombre, nosotros también los provinciales tenemos nuestra Provenza. Hasta se debería inscribir en el Código el derecho á la Provenza, cada cual á la suya. Ciertamente si Marsella ha absorbido ya todo el Mediodía, de tal manera, que un honrado gascón de Agen no es considerado sino como un meridional de pacotilla; si Marsella ha conquistado aun á París, se ha debido hacer constar, precisamente en este concurso de músicas pintorescas, que el Berry y la Auvernia resisten, que la Bretaña conserva su autonomía, y que los tziganos han sabido hacerse un pequeño lugar á ese sol que luce por todo el mundo.

Rindamos homenaje, sin embargo, al simpático diputado de Drome, Mauricio Faure, ese meridional convencido que inventó la *Cigarra*, aquella reunión de todos los del Mediodía, pero que, amplio de espíritu y de corazón, amaba también la *Poma*, reunión de

los del Norte, y fué el primero que tuvo la idea de este concurso interprovincial é internacional de músicas, pintorescas ciertamente, pero también democráticas.

El jurado llamado á distribuir las medallas parisienses á estos contrincantes exóticos y departamentales, á estos gaiteros, ministriles y tamborileros, no hubiera podido constituirse más seriamente que lo ha sido.

En efecto, al lado de Paladilhe estaban Teodoro de Lajarte, bibliotecario de la Opera, R. Madier de Montjau, subjefe de la orquesta de la misma Opera, Lorenzo León, jefe de orquesta del Teatro Francés. (Si, la Academia nacional de música y la casa de Moliere. ¿Estáis contentos ó no?) Y todavía estos: el compositor Salvayre, de la misma Opera, y el crítico del *Ministril*, M. J. Tiersot. (Si, el *Ministril*, el periódico de música más importante de París.) ¡Triunfad, pues, bombarderos!

El concurso, además, y por exasperar á la sombra de Cherubini, el concurso afectaba una solemnidad de Conservatorio. Había en él cuatro clases para Francia y tres para extranjero; las clases A. B. C. D.

He aquí la clase A. Aquí están las cornamusas y las dulzainas ó gaitas. La cornamulsa, ese oboe rústico, parece ser por excelencia el instrumento de las provincias célticas del centro de Francia, el Borbonés y la Auvernia. Chassagne, del Borbonés, ha obtenido la primera medalla; Ambery, de Auvernia, la segunda, y Denis, del Borbonés, un diploma de mérito. Aires populares que servían como de guirnalda á una *bourrée* ó danza rústica de la Auvernia, hubieron de ponerme en éxtasis. *Pour bien canta, faut bien dancha!... Alle-a-t-un trou la marmite, alle-a-t-un trou par en d'chous.*

Reservemos para luego los aplausos.

He aquí la letra B.: violas.

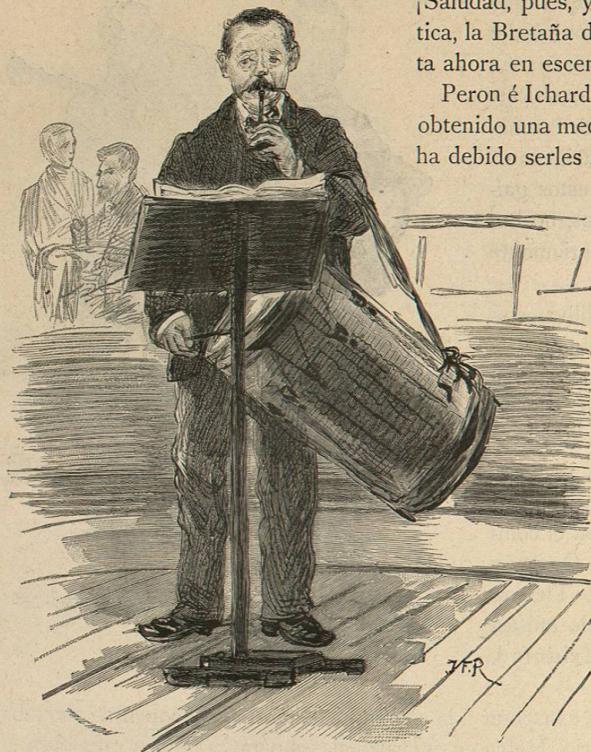
La viola, instrumento de la Edad media, amado de los *juglares*, que acompañaban (en todos los sentidos de la palabra acompañamiento) al trovador errante, la viola tuvo un barrunto de rehabilitación en el siglo XVIII; y ahora se ocupa exclusivamente en hacer bailar no ya tacones rojos, sino rústicos zuecos, porque sus tañedores modernos no han tocado más que *bourrées* ó danzas primas, que dicen los gallegos. *Dauchons la chabotrière!* Maillochet, del Borbonés, obtiene la primera medalla en esta clase, y la Auvernia se lleva la segunda bajo el nombre de Vergne, el bien nombrado.

Con la clase C. se unen la cornamusa y la viola para tocar aires de danza, y el Borbonés y la Auvernia, representados por seis buenos *bougrri*, obtienen tres medallas.

Pero ¡atención! la clase C. comprende un segundo elemento: el *biniou* y la bombardera.



Duo de viola y de cornamusa



Guignonnet, de Aubagne, tamborilero.

¡Salud, pues, y aplaudid! La vieja madre céltica, la Breña de los largos cabellos, se presenta ahora en escena.

Peron é Ichard de Chateaulin (Finisterre), han obtenido una medalla fuera de clase; pero lo que ha debido serles más grato es la calorosa ovación del público después de la audición.

El *biniou* es una especie de cornamusa, pero más poderoso, y provisto de un bordón que da un pedal de tónica continua. Este bordón cubriría hasta la voz del oboe, si la *bombarda* no viniera á reforzarlo con sonidos extraordinariamente agudos. A la vez que inflando el odre, preludia el músico con notas improvisadas: es una manera de disimular esta operación previa, análoga á los gemidos y rechinamientos que en las orquestas indican que los músicos se ponen á tono.

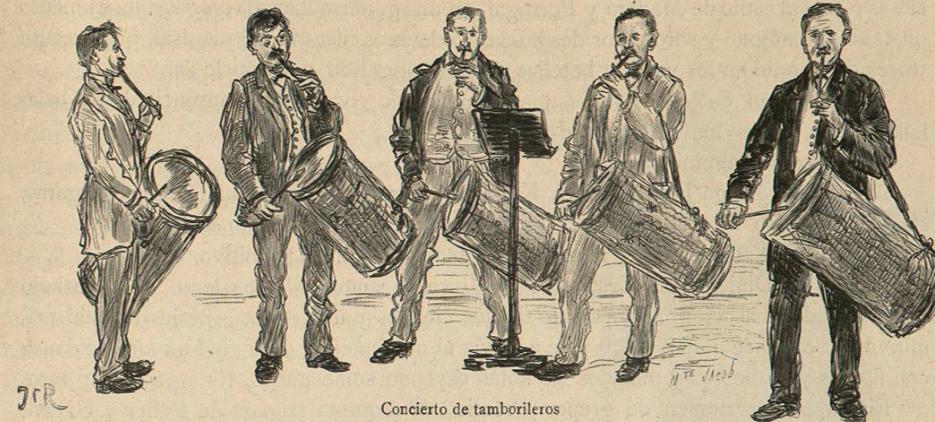
Muy luego entra la *bombarda* en calor, ejecutando una

serie de acordes en arpeggios. Después empieza el duo: la *bombarda* da las notas de su aire y el *biniou* liga la melodía y la adorna con notas agradables. Acelérase el movimiento y los endiablados instrumentos parecen trepar, persiguiéndose hasta el sobragudo ó se detienen de repente, terminando entonces la pieza los bravos y aplausos.

¿Es acaso que han hundido al Mediodía? No, he aquí la clase D.: tamboriles y chiflas provenzales. 1.^a medalla, Guignonnet, de Aubagne; 2.^a, Arnoux, de Aix; 3.^a, Sicard, de Aubagne. Diplomas á Clinchard, Boyer y Regimbaud. ¿Son campesinos? Sin duda; pero artistas á buen seguro, demasiado artistas acaso, demasiado solemnes. Es un reproche y un elogio. Tienen la pasión de su arte y la elevan por encima de las ingenuidades de la danza prima, pero sin llevarla á rivalizar con las manifestaciones artísticas de las ciudades. Gastan una competencia de Conservatorio en un instrumento tan ingrato como la chifla; que es lo mismo que si un pianista ejecutara trozos de Chopin en los vasos y botellas de una mesa con su tenedor.

Los aires provenzales que se ejecutan así, me dice un crítico musical en extremo competente, y al cual dejo la responsabilidad de la opinión, son trozos de antiguos vau-devilles de los siglos XVII y XVIII, trasplantados de París y transformados después de larga permanencia en el Mediodía.

El público, que había permanecido frío durante esta parte del certamen, se despertó alegremente al escuchar á los nueve tamborileros, dirigidos por un artista que es al mismo



Concierto de tamborileros

tiempo un sabio, M. F. Vidal, el que fundó en Aix la *Academia de los tamborileros* (y tápate los oídos, Cherubini). Las notas agudas de los pitos, sostenidas por el son del tamboril, producen una impresión indecible.

En cuanto á la Estudiantina marselesa, que entró luego en turno, tocó de una manera agradable, pero esto no es ya provenzal, hablando propiamente.

Ahora paso á los extranjeros.

Clase A.: guitarras y bandolines.

1.^a medalla, signori Talamo y Majolino, de Nápoles; 2.^a, señorita Am. Ang. de Acevedo, de Madera; 3.^a Sign. Angelici, de Nápoles. Con brío extraordinario, Talamo y Majolino ejecutaron fantasías sobre aires napolitanos. Se les aplaudió justamente; pero con tal y tanto estrépito, que Paladilhe, queriendo hacer respetar el reglamento, tuvo que llamar al público al orden. Pero ¿qué hacer, amigo Paladilhe? He aquí que de repente comienzan los músicos la ejecución de *Bandolinata*. Esta delicada atención de los artistas vale al maestro una ovación unánime y de primera clase. ¡Y pensar, sin embargo, que Paladilhe tiene un odio mortal á *Bandolinata*, ese triunfo de Neso! Pero no el público, á lo que parece, querido maestro.

La señorita de Acevedo (¡paso, en fin, al bello sexo!) ha tocado cu-



Efecto de tamboril.